

UNA PARABOLA BIOGRAFICA

El género biográfico, de tan intenso interés, y tan en demanda en los tiempos modernos, no ha tenido hasta el presente en las letras venezolanas ni muchos ni muy eximios cultivadores. Sin embargo, vemos que aun cuando a pasos lentos, algo se ha ido progresando en la composición de libros biográficos. Pero sobre todo sería de desear que la biografía fuera extendiéndose ya en un marco mayor y más variado que el de las meras figuras militares de nuestra gesta de Independencia. Si está bien la abundancia que poseemos de biografías de Bolívar, de Miranda, de Sucre, etc., en cambio es muy poco lo que encontramos escrito de la vida de tantos otros grandes hombres de la Patria, o de personajes que un día jugaron papel de gran importancia en los destinos de la nacionalidad.

El estudioso y asiduo investigador de nuestra historia Dr. Mario Briceño Iragorry, ha publicado uno de los más completos, atrayentes y reveladores estudios biográficos que jamás hayamos conocido en el campo de las letras patrias. Su título es: "**Casa León y su tiempo**" (1); y nos presenta la vida de Don Antonio Fernández de León, Marqués de Casa León, encuadrada dentro del interesantísimo período de nuestra historia en el que le tocó vivir y actuar a dicho Márques, que fué el del final de la colonia y los comienzos de la lucha emancipadora.

(1) Mario Briceño Iragorry. CASA LEÓN Y SU TIEMPO, (Aventura de un anti-héroe). Caracas, 1946, Editorial Elite. 242 p.

Como producto literario, consideramos el libro una joya. Como en todo lo que escribe el Dr. Briceño Iragorry su pluma se mueve en un tono de dignidad, elevación y donosura, que pronto cautiva a todo lector amante de la buena prosa. Son páginas de estilo correcto, sin academicismo amanerador, elegante sin redundancias, y moderno sin caprichos extravagantes. (2).

Los diecinueve capítulos de evidente y positiva biografía de Fernández de León, y de fondo aquilatadamente histórico, y cuya comprobación bibliográfica y documental se ofrece ordenadamente al final del libro, van atractivamente envueltos en la reconstrucción artística, fingida pero verosímil, del ambiente y costumbres de la época histórica. Esto último comunica a la obra amenidad e interés de novela, aunque sin hacerle perder ni un punto de su valor histórico. Opinamos, sin embargo que en algunos puntos de especial interés o importancia el lector hubiera deseado encontrar el pie de las páginas la referencia o cita bibliográfica exacta que respaldara los asertos del escritor, máxime cuando la documentación que se ofrece al final del libro se solo de títulos generales.

En ese mismo aspecto literario ha de señalarse la habilidad del escritor en la redacción de aquellos párrafos que forman el

(2) Es algo de sentirse solamente que la nítida impresión de esta obra haya sido hecha en un tipo de letra demasiado pequeño. En futuras ediciones podrá subsanarse este inconveniente.

ambiente y reconstruyen los pintorescos por menores de las costumbres coloniales. De manera especial se echa esto de ver en el capítulo IX, en el que al mismo tiempo la rapidez del relato acelera el interés del lector. Dicho capítulo narra los sucesos pre-revolucionarios del año 1808, en los que Fernández de León actúa decisiva aunque equívocadamente en todos sentidos. Véase cómo nos traza el biógrafo una escena magistral: "...Fernández de León entra hoy definitivamente en el campo de la historia. Esta noche del 10 de noviembre es para él noche solemne. Retiradas las visitas, se retira a la quietud de su escritorio. De la creencia, vecina a la mesa de leonadas patas donde esperan el papel y la arenilla, saca viejos infolios. Los lee y medita. Está nervioso Don Antonio. Como hace frío y viene de tierra calentana, como sobre la cabeza el gorro borlante que labraron con finas labores las manos de la esposa. Se levanta de la silla. Camina en la pequeña habitación. Parpadean las candelas, y se acerca para cortar con las espabiladeras las llorosas pavesas. Abre la ventana que mira hacia la calle. Nadie pasa. Todo es calma y pesada soledad. Vuelve a cerrar el ventana. Se sienta en muelle poltrona, recoge otra vez el punte que trae de Maracay. Sí, es tiempo de dar forma a los proyectos que agitan la conciencia pública. Vuelve a la mesa y escribe largo rato. Derrama la salvadera sobre las páginas llenas de calculados pensamientos. Los relee con parsimonia. Linea palabras. Agrega frases. Coloca luego en el gran tintero de plata la pluma de ganso como quien pone un arma a descansar. Un arma, sí. Y él la está velando, así como los caballeros la vispera del combate velan la espada y los escudos. Mañana saldrá bien armado a librar la batalla donde él supone que será decidida con su suerte la suerte de la Provincia." (p. 98-99).

Y así como éste, no podemos dejar de reproducir las esbeltas líneas en que se pinta a León ya en marcha para una de sus entrevistas cierto atardecer de noviembre: "...Echa la elegante capa ribeteteada de rojo veludillo sobre sus robustos hombros, se calza bien el redondo sombrero, toma por el dorado plomo el bastón de macanilla, y atraviesa la plaza principal rumbo de nuevo a la mansión del Conde Tovar". (p. 103)

El libro todo está salpicado, con sobriedad y tino, de multitud de pormenores y pince-

das que le dan un sabroso gusto añejo, enteramente acorde con lo que nos imaginamos fuera la vida colonial de la Caracas dieciochesca.

Pero estamos ante un libro que es un enfoque y un estudio de una época y de un personaje de trascendencia histórica. Y algo hemos de decir de su interesante contenido.

Don Antonio Fernández de León había sido hasta el presente un personaje muy discutido en nuestra historia. Pero la discusión tenía que ser necesariamente poco atinada debido al escaso conocimiento exacto de su vida y actuaciones. Mario Briceño, historiador y archivero, tuvo la oportunidad para revisar ignorados documentos, y la diligencia para ordenarlos y empalmar los, hasta lograr con ello rehacer en buena parte el decurso de la tan agitada existencia del rico nombre de Maracay.

La conclusión que el biógrafo extrae a todo lo largo de su trabajo es que Fernández de León fué el prototipo y quintaesencia del egoísmo, de la perfidia y de la traición. Y para el logro de semejantes innobles actitudes, poseyó este siniestro personaje tal astucia y tal ductilidad, que aun en los momentos quebras y adelantamiento pudo rehacer sus quebras y adelantar sus egoístas triunfos. Aunque a la postre, —castigo de la Providencia—, también la desdicha y el abandono vinieron a cebarse en el corazón del ya anciano antiguo Marqués de Casa León. León.

En nuestro estudio de este libro histórico con oportunos ribetes de fantasía, nos ha parecido que el punto de fantasmal de arranque para el trazado y el enfoque total de la biografía de Fernández de León lo estableció Briceño Iragorry al tener en sus manos aquel terrible documento que está en el capítulo XIV, (pgs. 188-190), en el cual el biografado después de haber aparecido unas veces como sincero patriota y otras como fervoroso realista, según las conveniencias de sus intereses personales, ahora triunfante el feroz Monteverde le envía una minuciosa lista de todos los "sujetos que obraron activamente en el criminal atentado del 19 de abril de 1810". Ciertamente el documento causa estremecimiento e indignación, y arranca al escritor el título de **parricida** para la mano vil que lo redactó. Ante semejante hallazgo, el biógrafo, indignado, se encuentra en inconten-

nible actitud para reconstruir hacia atrás toda la vida de Fernández de León anterior a 1812. Concebida su personalidad bajo la siniestra luz del citado documento parricida, se trata de extraer de todos y cada uno de los actos de la activa y habilidosa existencia de León toda la posible maldad y falsa intención que en ellos pudo darse. Pero, a fe que la tarea no resulta tan fácil. Por eso, hemos de confesar que hasta el momento de encontrarnos con el capítulo XIV y con el ya referido documento delator, no lográbamos convencernos de que Fernández de León fuera un ser tan aborrecible como el que su biógrafo se esforzaba en presentarnos. Aún ahora no logramos ver la extraordinaria perversidad que en casi todos los actos de la vida de León trata de presentarnos el biógrafo a lo largo de toda aquella azorosa existencia. Fernández de León fué un hombre hábil, sagaz para cuanto significara propio interés, inteligente y desenfadado en sus determinaciones. Pero creemos que muchos de sus congéneres, tanto de aquella como de otras épocas pasadas y presentes, no le irían mucho en zaga en sus respectivas actitudes, y ambiciones; sólo que no todos habrán tenido el mismo talento y cualidades de él, para haber salido igualmente triunfadores. Que luego el año 1812 llevara su proceder al extremo de ejecutar una capallesca traición, no basta para arguir concluyentemente que toda su vida anterior fuera igualmente reprochable. Y en este sentido, no puede menos de tomarse como un rayo de luz que rompe aún las tinieblas mismas de la traición, la inquebrantable y sincerísima amistad que a Fernández de León profesó siempre Bolívar. Y bien pudiéramos decir que al fin siempre será un descargo no pequeño aun en el peor balance de cuentas que a Casa León se haga, el poder abonar a su favor el hecho de haber salvado la preciosa vida del Libertador en los momentos en que más ávido estaba Monteverde de atraparlo en sus garras. Creemos que si alguien hubiera escrito la vida de León partiendo de este acto noble, todo el resto habría resultado de muy distinto contenido.

Pero este libro por razón de lidiar con un personaje en extremo acomodaticio y mudable, — no por veleidad de carácter, sino porque miraba únicamente a sus intereses personales, — según lo presenta su biógrafo, — tiene la propiedad de suscitar aplicaciones de carácter práctico, o de aparecer como tesis general con conclusiones im-

plicitas y fácilmente deducibles.

Y en este sentido, — aunque sin atribuir ni por un momento intención alguna al autor, — no dudamos de aceptar que en efecto las páginas de esta biografía encierran una lección, y al mismo tiempo una crítica, de orden político, perfectamente aplicable en nuestro medio. Por juzgarlo así, hemos dado a este comentario el título de Parábola Biográfica, ya que aún los hechos reales y auténticos de la vida pueden servir para encerrar una lección en forma de parábola.

Pero nos parece que esa lección no puede en nuestro ambiente limitarse, — como ya se ha hecho en algunos comentarios en voz baja, — a señalar a tal o cual personaje, en concreto, de nuestra política presente o pasada. Creemos crudamente que el dedo índice que acusatóriamente se alza avergonzador de entre las páginas de la biografía de Casa León, no es un índice que se fija señalando exclusiva y determinadamente a tal o cual connotado hombre público. La cosa es mucho más seria y profunda: ese índice alzado horizontalmente nos parece no sin fundamento, que gira en contorno, que se va moviendo incesante en círculo que abarca todas las direcciones, y que profundiza su indicación hasta los más profundos secretos de la marcha política de la nación en todas las épocas de su vida independiente. ¡Cómo pululan los Casa León en los ámbitos venezolanos! ¡Cómo se apretujan, revuelven y desplazan en continuo hervidero, como banco de pecesillos caribes de nuestros grandes ríos en torno a la presa que fiota!

Es una actitud que se repite; es una historia que se nutre con repetición de los mismos datos. Cambian los rótulos, como cambiaron también un tiempo hasta los colores de las divisas de cada bando; cambian los nombres que motivan una nueva rebatiña. Pero en todo ello, cuántos parricidios como el de la traición de Casa León se vienen perpetrando al través de toda nuestra historia! Si casi pudiera a veces creerse que la actuación de aquel Marqués, con ser lo que fué, hallaría más posible explicación, — ya que no justificación, — que la de quienes en pos de él han ido siguiendo igual pauta. Siquiera aquella traición de entonces tuvo a su favor un positivo deber aparente de defensa de los legítimos derechos de una nación. Pero cuando otros actúan con pare-

cido envilecimiento en casi todas las épocas subsiguientes de nuestra triste historia política en pura defensa de partidismos, caudillismos, y personalismos, y siempre experimentando en la carne viva y sagrada de la Patria, entonces aparecen más detestables e injustificadas las posteriores imitaciones y reviviscencias de nuestros múltiples Casa León. Venezuela, en este punto, es una ciudad con innumerables tejados de vidrio. ¡Qué difícil buscar un escondrijo de platabanda de cemento, para desde él tirar las piedras a mansalva! Como muy gráficamente lo decía en cierta oportunidad un experimentado político, hablando de los de su gremio: "aquí el que no se ha metido hasta la cintura o más arriba, por lo menos está bien salpicado!". Es pues arbitrario pretender personalizar en fulano o en Zutano la parábola biográfica que encierra el libro de Briceño Irigorry. La verdadera y aplastante realidad es la aplicación tan vasta e ineludible que dicha parábola encuentra en nuestra historia política de todos los tiempos y de todos los regímenes. Y ante esa realidad, no puede menos de ocurrir la duda acerca de cuál ha sido la ventaja que el sacrificio ideal de los forjadores de nuestra nacionalidad nos ha reportado después de más de siglo y cuarto de lo que hemos dado en llamar Independencia.

Si ya en su ruda hora de desencanto Bolívar lamentaba su equivocación por haber querido "orar en el mar", ¿qué hubiera exclamado ante los panoramas de tantas otras épocas posteriores?

Por lo demás, ciertas reflexiones y afirmaciones sentenciosas que el biógrafo de Casa León va dejando caer en oportunos momentos, creemos que tienen un sentido no restringible a determinados regímenes o épocas. Por ejemplo: "Estar a la sombra del sistema imperante, sean cuales fueren los principios y las prácticas de los hombres en ascenso, ha sido la indesviable técnica de nuestra vieja oligarquía..." (p. 71). No: esa ha sido la técnica de todas nuestras oligarquías y de todos nuestros regímenes sin exceptuar ninguno.

Son muchas y muy serias las reflexiones aleccionadoras que este libro suscita. Pero, hemos ya de concluir este extenso comentario. Lo cerraremos expresando nuestra opinión de que tanto por ser trabajo original y de investigación, como por el arte en la narración y lo agradable y exquisito del estilo, "**Casa León y su tiempo**" es un libro que puede hasta el presente aspirar con toda razón al Premio Municipal de Prosa de 1946.

Pedro P. Barnola, S. J.

